

EL PENSAMIENTO DE ERNESTO LACLAU. POTENCIAS Y LIMITACIONES DE SU CRÍTICA A LA TEORÍA MARXISTA

THE THOUGHT OF ERNESTO LACLAU. POWERS AND LIMITATIONS OF CRITICISM OF THE MARXIST THEORY

Julia Expósito

CONICET, Universidad Nacional de Rosario, Argentina
expositojuan@gmail.com

Recibido: mayo de 2017
Aceptado: Julio de 2017

Palabras clave: Marxismo, antagonismo, política, estructura, sujeto
Keywords: Marxism, antagonism, politics, structure, subject

Resumen: Este artículo pretende ocuparse de las ideas claves del pensamiento laclausiano, a partir de ponerlas en tensión con el marxismo. El objetivo es transitar por determinadas categorías que Laclau desarrolla a lo largo de su obra (sujeto, política, estructura, antagonismo), sin perder de vista que todas ellas se inscriben la problemática acerca de por qué grandes teóricos marxistas han complejizado la determinación en última instancia por la economía. Para poder adentrarnos en la tensión teórica que Laclau le plantea al discurso marxista, nos apoyamos en la obra de N. Moreno, proveniente de la tradición trotskista. La importancia que Moreno le adjudica en sus escritos a la contingencia y el momento antagónico de la política, nos habilita a desarrollar las transformaciones mismas acaecidas en las producciones de Laclau.

Abstract: This article seeks to address the key ideas of laclausian thought in tension with marxism. The goal is to move by certain categories that Laclau develops throughout his work (subject, politics, structure, antagonism), without losing sight of the fact that all of them entered the problematic about that great theorists marxists have complexified the determination ultimately by the economy. In order to be able to get into the theoretical tension that Laclau attribute to the marxist discourse, we followed the work of N. Moreno, coming from the Trotskyist tradition. The importance that Moreno awarded in their writings to the contingency and to the antagonism, empowers us to develop the transformations occurring in the development of the work of Laclau.

I. Introducción

El presente artículo, no procura solamente ocuparse las ideas claves del pensamiento laclausiano, sino ponerlas en tensión junto con aquella tradición con la que tanto debate: el marxismo. Porque creemos que la obra de Ernesto Laclau no podría ser comprendida lejos de los debates y combates del discurso marxista. A la vez que, ahondar en la complejidad del marxismo, como hace Laclau, es una gesto clave para el pensamiento político contemporáneo, ya que habitamos un mundo, y hasta podríamos aventurar, una cultura, que conserva la marca de la herencia marxista (Derrida, 1995). En este sentido, y como afirmara Derrida,

Será siempre un fallo no leer y releer a Marx. Es decir, también a algunos otros [marxistas] [...]. Desde el momento en que la máquina de dogmas y los aparatos ideológicos 'marxistas' [...] están en trance de desaparición, ya no tenemos excusa solamente coartadas, para descentrarnos de esta responsabilidad. [...] No hay porvenir sin Marx. Sin la memoria y sin la herencia de Marx (Derrida, 1995: 27).

La premisa de Ernesto Laclau, en su obra *Hegemonía y Estrategia Socialista* (Laclau y Mouffe, 2004), es la de trabajar hacia dentro de la historia del marxismo, para mostrar que a pesar de sostenerse sobre las premisas básicas de Marx, dicha historia se ha alimentado precisamente de los "momento de excepción". En efecto, en las obras de muchos teóricos/militantes del marxismo (desde la II hasta la IV internacional) la conocida tesis dualista burguesía/proletariado, es desbordada ampliamente. Es decir, parecería que los análisis concretos suponen la necesidad de complejizar la pretendida polarización social.

No es casual, entonces, que comiencen a formularse categorías tales como: alianza de clases, mito, bloque histórico, masa, desarrollo desigual y combinado, etc. En este sentido, la preocupación laclausiana se inscribe en el problema de pensar el por qué grandes teóricos y teóricas marxistas han complejizado "la determinación en última instancia por la economía", no obstante no han podido superar los límites teóricos por ella establecidos.

La respuesta a dicha incógnita podría ser puesta en juego a través de la discusión de dos puntos claves, que creemos atraviesan la obra de Laclau: la vinculación entre necesidad y contingencia, y el lugar de la política. En términos concretos, la creciente fractura de lo social, propia de las relaciones capitalistas neoliberales contemporáneas, es para Laclau el punto de partida desde el cual es imposible pensar sujetos determinados estructuralmente. O para ser más precisos, y fieles a las palabras de Laclau, la posibilidad de ser sujeto radica únicamente en el propio campo de la política. El sujeto es un sujeto político. La propia condición de la subjetividad es constituida por procesos relacionales contingentes; que descentran y trastocan la posibilidad de pensar una determinación social última.

Creemos que para poder adentrarnos en la tensión entre necesidad/contingencia y hasta en la propia posibilidad de la subjetividad y de la política, la obra de otro argentino, Nahuel Moreno, proveniente de la tradición trotskista, es una buena excusa para desandar estas problemáticas trabajadas por Laclau. La importancia que Moreno le adjudica en sus escritos a la contingencia, nos otorga la posibilidad de desarrollar las transformaciones mismas sufridas en dos obras de Laclau, de *Hegemonía & Estrategia Socialista* (2004) a

Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo (2000). De este modo, se hace necesario poner en el tapete la gran diferencia ontológica que abre el debate entre los dos argentinos.

2. El debate ontológico: el problema de la dialéctica

En su texto *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Laclau pone en tensión dos conceptos claves pero polémicos de la tradición marxista: contradicción y antagonismo. Comienza analizando la vinculación entre los “*dos motores de la historia*” propuestos por Marx: la lucha de clases y la sucesión de modos de producción. Por un lado, menciona Laclau la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, ejemplificada en la introducción a la *Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, 1974); y por el otro, cita el famoso pasaje del *Manifiesto comunista* (Marx y Engels, 2004), donde la historia es leída en clave de la “*lucha de clases*”. La primera pregunta que se formula Laclau es, si es posible mantener la lectura hecha por gran parte de la tradición marxista que admitía una compatibilidad entre contradicción y antagonismo. La empresa laclausiana partirá de la negativa a dicha equivalencia:

En el caso de la dualidad fuerzas productivas / relaciones de producción, se trata de una contradicción en el sentido estricto del término: la continuidad de la expansión de las fuerzas productivas más allá de un cierto punto constituye, dado un cierto sistema de relaciones de producción, una imposibilidad *lógica*, y esta imposibilidad se traduce, a corto o largo plazo, en el colapso mecánico del sistema. [...] Pero esta es una contra-

dicción *sin antagonismo*. Del hecho de que exista un cierto punto y que esto conduzca a su colapso no se sigue *necesariamente* que este colapso deba adoptar la forma de un enfrentamiento entre grupos (Laclau, 2000: 23).

Por tanto, para muchos y muchas marxistas enroladas en las filas de la II internacional, es en las contradicciones de la base social donde reside en última instancia la posibilidad de cambio social. Es decir, sólo bastaría que las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción se tensen al máximo para abrir un proceso revolucionario. El desarrollo de las condiciones objetivas determinaría, en última instancia, al momento político subjetivo del proceso revolucionario. En este sentido, el método dialéctico que el marxismo pregonaba no permite pensar los antagonismos que el capitalismo presenta, por tanto debe construirse una ontología de lo social que se desligue de la dialéctica como condición de pensamiento de la emancipación.

Ahora bien, qué dirá Laclau de toda aquella gran parte de la tradición marxista que no acuerda con la tesis objetivista. Para Moreno, la tensión máxima de las contradicciones no posibilitan un proceso revolucionario por sí mismas. Afirma, de este modo que, el lugar donde reside la posibilidad del cambio social no es producto de la tensión entre contradicciones sino en la esfera misma del antagonismo, como desarrollaremos más adelante. Sin embargo, Moreno entiende a lo social conformado como una unidad compuesta por contradicciones: “El mérito de Hegel y de Marx [es el de] haber metido lo múltiple y el análisis en el todo, en la síntesis; haber demostrado que las contradicciones se producen dentro de un sistema” (Moreno, 1981: 29), punto con el que

Laclau discute al sostener que si bien el mérito de Marx es el de trabajar con la categoría de totalidad, esta se reduce a un todo cerrado que no hace de sus fallas una ontología de la política. Nuevamente la categoría de totalidad cae presa del despliegue dialéctico de sus elementos.

Más allá de este punto que desarrollaremos luego, podemos decir que de algún modo la teorización de Moreno acordaría con la cita anterior que mascábamos de Laclau. Más no creemos que Moreno acuerde con cómo continúa la reflexión de Laclau en este punto. Puesto que para Laclau si la contradicción fuerzas productivas/relaciones de producción es una contradicción que no supone un antagonismo, “la lucha de clases es, por su parte, un antagonismo *sin* contradicción” (Laclau, 2000: 23).

Aquí radica la diferencia ontológica entre los dos autores, a la vez que la propia diferencia entre el Laclau de *Política e ideología en la teoría marxista* (1978) y el de *Hegemonía & Estrategia Socialista* en adelante¹. En última instancia el antago-

1. Este punto es evidenciado por una nota al pie de Laclau y Mouffe, en la cual aclaran que su opinión actual respecto a la no equivalencia entre contradicción y antagonismo “difiere de la expresada por uno de los autores de este libro en un trabajo anterior, en el que el concepto de antagonismo es asimilado al de contradicción”. (Laclau y Mouffe, 2004: 167). Esto se evidencia, también, en el libro *Política e ideología en la teoría marxista* (1978), donde Laclau utiliza los términos como congruentes: “En un primer sentido, la lucha de clases se plantea a nivel del modo de producción: la relación de producción que constituye a sus polos como clases es una relación antagónica. La plusvalía, por ejemplo, constituye a la vez, la relación entre capitalistas y obreros y el antagonismo entre ambos; o, mejor dicho, constituye a dicha relación como una relación antagónica. De esto se siguen dos conclu-

nismo es comprendido por Moreno como un despliegue interno de la contradicción, si bien ésta no conserva el *estatus óptico* determinante del cambio social, lo mantiene en términos ontológicos. Mientras que la ruptura de Laclau en este punto con respecto al marxismo es tajante: el antagonismo conlleva una negatividad intrínseca que supone la imposibilidad de fijarlo apriorísticamente a ningún plano de objetividad. En consecuencia, tanto en términos ópticos como ontológicos, el antagonismo no puede ser reducido a un momento interno del despliegue de la contradicción, como se puede leer en ciertas lecturas de Hegel. La apuesta laclausiana, por tanto es pensar un antagonismo radical donde no haya una conexión interna.

En efecto, si bien en el pensamiento de Moreno opera una fuerte irrupción de contingencia en relación a la constitución de las identidades antagónicas, continúa operando el momento dialéctico de despliegue interno de la negatividad, que conlleva inherentemente un momento de necesidad. Laclau, por el contrario, propone tanto un antagonismo radical como una negatividad que no puede ser pensada más que en condiciones de una contingencia primaria. Por lo tanto, el antagonismo es ontológicamente distinto para ambos. Para Moreno, el momento antagónico supone la contingencia de toda lucha, aunque presupone el vínculo

siones: 1) que no hay clases excepto en una relación de lucha; 2) que el nivel de análisis que hace inteligible dicho antagonismo es el del modo de producción. Pero el concepto de lucha de clases ha tendido también a ser aplicado a otro tipo de antagonismo: aquel en que la lucha entre las clases sólo resulta inteligible si se hace intervenir al conjunto de las relaciones políticas e ideológicas de dominación que caracterizan a una formación social determinada” (Laclau, 1978: 118).

con el momento determinado de la necesidad estructural que define la condición de clasista del sujeto revolucionario. Para Laclau, por el contrario, el momento de contingencia que supone el antagonismo subvierte los límites de la objetividad y traza nuevas fronteras, al concebir al sujeto de la emancipación a través de un acto contingente de articulación política que se desvincula del despliegue estructural dialéctico. La articulación de un pueblo pasa finalmente a remplazar a la clase proletaria como sujeto emancipatorio. Para el primero, entonces, el antagonismo marca la posibilidad de constituir la identidad, para el segundo éste expresa la imposibilidad de constituirla plenamente.

Sin embargo, se hace preciso que profundicemos a donde conducen tales afirmaciones en relación a la constitución de la subjetividad política y de su vinculación con la estructura. En otras palabras, es necesario analizar qué vínculos se establecen en ambos pensadores en la definición del “*devenir histórico*” en términos de “*necesidad/contingencia*”.

3. El sujeto y la emancipación

El teorizar acerca del sujeto (político) es y ha sido una de las tareas fundamentales de la tradición marxista. En este sentido creemos que tanto Moreno como Laclau, marcan dos buenos ejemplos, aunque con resoluciones disímiles, acerca de la complejidad que implica pensar un sujeto de cambio. Es importante que comprendamos, cuál es el punto al que nos referimos cuando hablamos de posturas disímiles. A Nahuel Moreno podemos ubicarlo dentro de los discursos marxistas de la década del '80 y de los modos de militancia política vinculada a la forma partido

y a las Internacionales Obras donde aún la URSS y los distintos Partidos Comunistas hegemonizaban la apuesta socialista², mientras que a Ernesto Laclau, podemos distinguirlo como un teórico que proviene y erige su pensamiento en discusión directa con el discurso marxista, pero que su aporte teórico central se inscribe en la corriente denominada pos-marxismo o marxismo pos-estructuralista que se inscribe en un contexto pos-caída del muro de Berlín y se encuentra lejana de la militancia política.

De este modo, creemos que para poder comprender el distanciamiento de Laclau de la tradición marxista y para lograr precisar su noción de sujeto, es preciso realizar un recorrido, por dos de sus obras fundamentales: *Hegemonía & Estrategia Socialista* y *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, para finalmente vincularlas con la apuesta marxista de Moreno. En *Hegemonía & Estrategia Socialista*, Laclau pone en juego dos conceptos fundamentales: estructura y sujeto. La noción de estructura trabajada por Laclau marcará la distancia teórica con respecto al marxismo. La estructura lejos de ser aquella que conforma las determinaciones económicas, será una *estructura discursiva*; y por tanto todo *sujeto* será entendido como *posición de sujeto*. Más es importante comprender que al hablar de posiciones de sujeto, Laclau no está pensado en la determinación última de

2. Moreno no fue simplemente un militante en etapas más o menos prolongadas, sino que fue un dirigente político reconocido de la IV Internacional socialista –fundada por Trotsky en 1938, que adoptó como documento fundamental el Programa de transición– que afrontó grandes debates internos desde los '50 hasta los '80 con otros dirigentes importantes: como M. Pablo, E. Mandel, J. Hansen, entre otros.

una posición, sino en la sobredeterminación de posiciones que constituyen al sujeto, retomando el concepto althusseriano de sobredeterminación. Es en este sentido en que Laclau no duda al decir que: “Siempre que en este texto utilicemos la categoría de ‘sujeto’, lo haremos en el sentido de ‘posiciones de sujeto’ en el interior de una estructura discursiva” (Laclau y Mouffe, 2004: 156).

El propósito de Laclau en este libro es el de discutir (a la vez que el de intentar no repetir) la idea metafísica del sujeto-sustancia -de un sujeto trascendental-, a partir de la conceptualización de “*posiciones de sujetos*” sobredeterminadas. Para decirlo de otro modo, el sujeto es producto de la estructura discursiva, no es ni puede ser anterior a ella. De esta manera, la pretensión de Laclau es la de romper con la noción de sujeto como origen de las relaciones sociales. Por lo tanto, si el sujeto no es origen, ni fundamento, irrumpe el carácter contingente de lo social y del propio sujeto; a la vez que se muestra la condición contingente de toda necesidad:

Como la afirmación del carácter discursivo de toda posición de sujeto iba unida al rechazo de la noción de sujeto como totalidad originaria y fundante, el momento analítico que debía afirmarse era el de la dispersión, la detotalización, el descentramiento de unas posiciones respecto a las otras. Todo momento de articulación o relación entre las mismas rompía los efectos cognoscitivos de la metáfora de la dispersión y conducía a la sospecha de una retotalización que reintroduciría subrepticamente la categoría de sujeto como esencia unificada y unificante. De ahí había sólo un paso a transformar esa dispersión de posiciones de sujeto en una separación efectiva entre las mismas. Pero la transformación de una dispersión en separación crea obviamente, todos los problemas analíticos que antes señaláramos

-especialmente los inherentes a un reemplazo del esencialismo de la totalidad por un esencialismo de los elementos. Si toda posición de sujeto es una posición discursiva, el análisis no puede prescindir de las formas de sobredeterminación de unas posiciones por otras- del carácter contingente de toda necesidad que, según hemos visto, es inherente a toda diferencia discursiva (Laclau y Mouffe, 2004: 156/157).

A partir de aquí, toda identidad discursiva (sujeto) posee la marca incompleta del carácter polisémico de la sobredeterminación (Laclau y Mouffe, 2004:163). Esto da la pista de que la estructura como totalidad discursiva no tiene, ni puede tener un cierre completo, así como tampoco un punto central determinante. En otras palabras, toda estructura se haya suturada precariamente, lo que indica que la presentación de una sutura plena, la posibilidad de *la* Sociedad, no es más que una quimera. Por lo tanto, el carácter no fundante y sobredeterminado del sujeto muestra la no posibilidad de marcar un centro fijo de lo social:

Por esa misma falta de sutura última es por lo que tampoco la dispersión de las posiciones de sujeto constituye una solución: por el mismo hecho de que ninguna de ellas logra consolidarse finalmente como *posición separada*, hay un juego de sobredeterminación entre las mismas que reintroduce el horizonte de una totalidad imposible. Es este juego el que hace posible la articulación hegemónica (Laclau y Mouffe, 2004: 164. Cursivas en el original).

Así la articulación hegemónica, supone la posibilidad de constitución de un sistema discursivo. Es decir, tal conformación parecería que limita parcialmente el “exceso de sentido”, no obstante, el propio exceso, como campo de la discursividad, es la marca que acecha y subvierte a la totalidad social. El exceso es, entonces, la

posibilidad misma de constitución de toda práctica social. La crítica a la totalidad marxista que realiza Laclau, no pretende tirar por tierra la noción misma de totalidad, sino que apuesta por reformularla. Porque la totalidad (suturada precariamente) es la que continua sellando la posibilidad (imposibilidad) de lo social. Por lo tanto en *Hegemonía & Estrategia Socialista*, a diferencia de *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* como veremos, parecería que es la lógica del exceso, de lo diferido, tanto en el campo de la discursividad como en la propia sobredeterminación del sujeto, aquello que permite pensar lo social como un campo contingente en el cual no es posible fijar apriorísticamente ningún sentido último.

Ahora bien, ¿qué supone una articulación hegemónica? Por un lado, la introducción de estos conceptos para pensar lo social se vinculan directamente con el lugar ontológicamente constitutivo que le otorga Laclau a la política por sobre la estructura social como lo era para el marxismo. Es decir, el lugar de la política como posibilidad articuladora hegemónica que subvierte a la objetividad social e introduce en la estructura la precariedad y la posibilidad de constituir sujetos solo a través de un acto hegemónico. Por otro lado, toda articulación hegemónica es histórica y supone una relación entre necesidad y contingencia subyace. En este sentido, la práctica articuladora no es más que una fijación parcial de sentidos, que supone en sí misma la posibilidad/imposibilidad de lo social. Por tanto, la subversión de toda práctica no es otra cosa que la “presencia de lo contingente en lo necesario” (Laclau y Mouffe, 2004: 154).

Laclau pretende discutir aquí con el marxismo en tanto pensamiento que concibe el límite de lo social, en este caso del ca-

pitalismo, vinculado a una contradicción a nivel estructura, entre las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas. Por el contrario, la posibilidad de marcar un límite de lo social, afirma Laclau, supone un momento radical gracias al antagonismo, puesto que la presencia del otro, lejos de completar la identidad como en el caso de la clase, marca un límite como aquello que impide completarla plenamente. La relación que supone el antagonismo, entonces, implica que no hay identidades plenas, sino una imposibilidad radical de conformarlas totalmente. No obstante, el antagonismo no marca sólo un límite interno, sino un límite externo de lo social. En el subyace la imposibilidad última de la sociedad:

El antagonismo, por tanto, lejos de ser una relación objetiva, es una relación en la que se muestran —en el sentido en que Wittgenstein decía que lo que no se puede decir se puede mostrar— los límites de toda objetividad. Pero sí, como hemos visto, lo social sólo existe como esfuerzo parcial por instituir la sociedad —esto es, un sistema objetivo y cerrado de diferencias— el antagonismo, como testigo de la imposibilidad de una sutura última, es la «experiencia» del límite de lo social. Estrictamente hablando, los antagonismos no son interiores sino exteriores a la sociedad; o, mejor dicho, ellos establecen los límites de la sociedad, la imposibilidad de esta última de constituirse plenamente (Laclau y Mouffe, 2004: 169).

De este modo, Laclau sostiene que la llamada “*crisis del marxismo*” como un problema práctico/teórico, es producto de la evidencia cada vez más marcada de la opacidad de lo social bajo un capitalismo desorganizado que supone una complejización y fragmentación de las posiciones de sujeto. Como él mismo afirma, “el problema del marxismo [...] habrá de ser el

de *cómo pensar* [las] *discontinuidades* y, a la vez, el de las *formas de reconstitución* de la unidad de los elementos heterogéneos y dispersos” (Laclau y Mouffe, 2004: 45). En este sentido, el pensamiento morenista es un claro ejemplo desde dentro de la tradición marxista que problematiza la relación entre necesidad y contingencia.

Como vimos para Moreno en las relaciones estructurales operaba aún la contradicción central de toda sociedad. No obstante, la manera de superarla ya no será pensada como una causalidad histórica, así el devenir histórico no conducirá inevitablemente a la superación de dicha contradicción. La “*ley del desarrollo desigual y combinado*” formulada por Trotsky será, para el morenismo, la encargada de resolver este problema teórico-práctico³. Puesto que permitirá comprender que el mismo tiempo que ya no es posible sostener que el devenir histórico conducirá inexorablemente hacia el socialismo, la contradicción entre relaciones de producción y fuerzas productivas continua siendo central para definir el sujeto, la estructura social y el problema político de la revolución. En otras palabras, al complejizar el análisis gracias a la ley fundamental de Trotsky, Moreno comienza a vislumbrar que a partir de especificar el momento histórico concreto que asume dicha contradicción y su relación con la lucha política revolucionaria se definirá la posibilidad de una sociedad emancipada:

El tiempo nos ha demostrado que no existe una ley científica por la cual se llega inexorablemente a la catástrofe final del capitalismo

3. Dicha ley afirma que hay un desarrollo desigual que puede combinarse de distintas maneras localmente. Es decir, hay distintas etapas del camino y combinación variantes de distintas fases, que pueden dar como resultado una amalgama de formas arcaicas y modernas. ‘Ver Trotsky (1985)’.

y el comienzo del socialismo. El problema es mucho más complejo, ya que entran en juego los sujetos históricos, que son las clases, con sus sectores, grupos y dirigentes. La crisis definitiva de una sociedad está íntimamente relacionada con las luchas y los acuerdos para la lucha entre todos (Moreno, 1986: 2).

La apuesta política morenista radica en que ya no es posible sostener que las relaciones de necesidad conduzcan a la historia hacia el socialismo; esta posibilidad queda en manos, ahora, de la contingencia. Parafraseando a Moreno, podremos afirmar que: necesidad en tanto hay lucha de los oprimidos; contingencia porque “no puede decirse de antemano [...] quien la ganará. Lo que es indudable es que esa lucha existe” (Moreno, 1986: 13).

De este modo, para el morenismo ya no es posible sostener las teorizaciones de la II Internacional y de ciertos sectores de la III que afirmaban la necesidad para “*los países atrasados*” de realizar la revolución socialista atravesando una etapa de revolución democrático burguesa, que consolidara las relaciones de producción capitalistas. Parafraseando a Trotsky, podemos decir que la teoría de la revolución permanente se afirma contra la idea del “*marxismo vulgar*” que sostiene un esquema de la evolución histórica según el cual la burguesía debe llegar a la revolución democrática para que a la sombra de tales acontecimientos surjan las condiciones para la revolución socialista. Para Moreno son los seres humanos en lucha -o para ser más precisos las clases y los sectores de clases en lucha-, y las distintas dinámicas que adquieren las luchas, las que demarcan el “*sentido de la historia*”. Es decir, el desarrollo de las fuerzas productivas puede haberse detenido o estancado, más ya no podemos concebir

que dicho atasco implique el cambio de un modo de producción por otro:

El motor absoluto y total del proceso histórico es la lucha, luchas entre tribus, luchas entre naciones, luchas entre razas, luchas entre grupos humanos, luchas entre sectores burocráticos, luchas entre grupos [...]. Es decir, la lucha es una constante del proceso histórico (Moreno, 1984).

Moreno realiza, en este sentido, una distinción teórico-práctica fundamental en la categoría de sujeto: distingue entre un sujeto social y otro político. El sujeto social, ligado a las relaciones estructurales, demarca ya no una clase obrera clásica y cerrada, sino que da cuenta del proceso de fragmentación y complejización de las relaciones sociales de producción y reproducción en el capitalismo contemporáneo. Es decir que, el sujeto social, excede la categoría de clase obrera industrial (tal y como la había formulado Marx), puesto que bajo el nuevo régimen capitalista de acumulación operante desde la década de los '70, y como resultado de los desarrollos desiguales y complejos de la estructura económica, es fundamental comprender la multiplicidad de sectores explotados ya no solamente dentro de la clase obrera industrial. En este sentido, es que se comprende el por qué Moreno construye al sujeto social a partir de la categoría de *masa*. Esta categoría le permite incluir, a todo aquel o aquella que venda su fuerza de trabajo dentro del sujeto revolucionario: es decir tanto a los y las proletarias, como a las y los desocupados, a las y los campesinos, así como también a los sectores de clase media, como bancarios, profesores, trabajadores del sector servicios, etc. En efecto, la masa vendría ahora a explicar aquello que excedía a la clase obrera como tal. El sujeto político, por su parte, se compondrá en un campo

de distintas agrupaciones, partidos políticos, etc. donde se disputa la hegemonía de la lucha de las masas. En este sentido, el segundo sujeto que propone Moreno, el político, supone la organización de un partido revolucionario con influencia de masas que luche por el socialismo. De este modo, la apuesta morenista radicará en afirmar que la lucha política será la que determine en última instancia el devenir de la historia. Empero, la determinaron última de la política supone a un sujeto social -las masas- conformadas estructuralmente.

Para Moreno es a partir de la articulación entre las masas -y la irrupción de una vanguardia en su seno-, y del partido revolucionario, que se conforma la doble vinculación subjetiva necesaria para que el advenimiento revolucionario del socialismo sea una posibilidad efectiva. La apuesta política morenista distingue, entonces, una fisura que habilita el campo contingente de la lucha política -la disputa hegemónica del sujeto político- presuponiendo a la necesidad estructural como determinante de la identidad del sujeto social pasible de ser revolucionario. De este modo, la apuesta morenista radicará en afirmar que la lucha política será la que determine en última instancia el devenir de la historia. Empero, la determinaron última de la política supone a un sujeto social -las masas- conformadas estructuralmente.

En este sentido, creemos se presentan los siguientes interrogantes: ¿Por qué Moreno propone como estrategia la construcción del partido?, ¿Por qué le otorga al factor subjetivo un lugar fundamental para la consecución revolucionaria, si para el marxismo (ortodoxo) históricamente el factor determinante era el objetivo? Para Moreno, a partir de las transformaciones

mundiales y luego de la Primera Guerra Mundial, los procesos económicos dejan de ser los determinantes en última instancia, y el factor subjetivo –la dirección internacional de un partido revolucionario- se convierte en fundamental. El morenismo, establece en consecuencia una dialéctica invertida, o como la denomina el propio Moreno, una “*ley de inversión histórica*” (Moreno, 1990:11). Esta ley consiste, al decir de Elías Palti, en que “ya no son los factores objetivos sino el más *subjetivo* de ellos, la presencia o no de un partido revolucionario [...], el que se convierte, en el periodo de crisis capitalista, en el determinante en última instancia” (2005:58). La “*ley de inversión de la causalidad histórica*” pretende demostrar que el partido político –el más subjetivo de los factores- es el determinante en última instancia, haciendo advenir la contingencia historia en el discurso marxista, y junto con ella la no posibilidad del socialismo. No obstante, es importante remarcar cómo se construye para el pensamiento morenista la posibilidad de la contingencia.

Lejos de la concepción leninista del partido como vanguardia y concientizador, Moreno sostiene que para poder conseguir ese lugar el partido debe ganar la hegemonía política de las masas. Es decir, sólo a través de la lucha política con otras organizaciones es que puede el partido convertirse –o no- en hegemónico, no antes de la lucha:

El partido revolucionario tiene que ganar la hegemonía *política* [...] en el movimiento de masas. Esto se consigue trabajando sobre ellos, con una política que se plantea para que *ellos la* tomen. Sólo cuando esto ocurre se puede derrotar a la burocracia. Y así solamente el partido gana su derecho histórico a ser considerado el partido revolucionario [...] en la lucha contra el capitalismo (Moreno, 1989: 28).

La idea de la centralidad de la política en el pensamiento morenista, a diferencia de la de Laclau, se encuentra aún dentro de los marcos de las determinaciones estructurales. Y esto es así, porque en primer lugar, dicha centralidad es entendida como producto de la crisis capitalista y del agotamiento del desarrollo de las fuerzas productivas. En segundo lugar, dado que continúa sosteniendo la “*toma del poder*” por parte de las masas, que no son otra cosa que las clases explotadas y que por definición adquieren su consistencia en la estructura. Es decir, la dialéctica invertida aunque sostenga un elemento de contingencia, continúa ligada a la referencia estructural (y por lo tanto clasista) sosteniendo la idea dialéctica de necesidad. La tensión entre la torción de la lógica estructural y su mantenimiento se convertirá en una constante en el pensamiento de Moreno. En consecuencia, la apuesta morenista se ancla en marcar una fisura que habilita el campo de la lucha política: la disputa hegemónica de un sujeto político que aún presupone un espacio estructural que constituye la identidad, sin fisuras, de un sujeto social (las masas), algo insostenible para Laclau.

En definitiva, entendemos que los mismos puntos que acercan a Moreno a las conjeturas laclausianas de *Hegemonía & Estrategia Socialista*, son las mismas que los contraponen. En un sentido podríamos decir que Moreno acordaría con Laclau con respecto en que existe una opacidad y fragmentación de lo social creciente, múltiples sobredeterminaciones de posiciones subjetivas. No obstante, si bien Laclau hace hincapié en la importancia teórica de la sobredeterminación, la cual abre la posibilidad de pensar lo social sin un centro fijado necesariamente, para Moreno el mismo impulso de concebir a

las posiciones de sujetos como sobreterminadas lo lleva al juego de fijar una posición que determina en última instancia: el vínculo de la venta de la *“fuerza de trabajo”* que supone la especificidad misma del capitalismo.

El punto fundamental que queremos marcar es que, como vimos, ambos trabajos le adjudican gran importancia a los procesos de lucha y a las articulaciones hegemónicas, a la vez que le otorgan a la política el lugar de la contingencia. No obstante, esto conlleva una gran diferencia óntico-ontológica que se evidencia en cómo conciben la totalidad o la estructura. Moreno no se despega (ni pretende hacerlo) del marxismo-hegelianismo de la noción de totalidad contradictoria, y Laclau intenta evidenciar la precariedad de toda totalidad y la imposibilidad de una sutura última, en el intento de poder re-pensar la emancipación social desliga de las categorías de clase y de revolución tal como el marxismo las teorizaba. No obstante, entendemos que en su libro *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* radicaliza la propuesta de *Hegemonía & Estrategia Socialista*.

Laclau sostendrá al antagonismo como construcción discursiva, pero introducirá el concepto de dislocación. El espacio de la dislocación, se conformará como un *“espacio más primario”*. En efecto, el antagonismo será *radical* y el sujeto será *“equivalente a la forma pura de la dislocación de la estructura”*. De este modo, el abandono del concepto *“posiciones de sujeto”* es realizado junto con la incorporación de la noción de *“dislocación estructural”*, que se constituye en la condición de posibilidad del sujeto:

Esta no es la libertad de un sujeto que tiene una identidad *positiva* -pues en tal caso

sería tan sólo una posición estructural- sino la libertad derivada de una falla estructural, por lo que el sujeto sólo puede construirse una identidad a través de actos de identificación (Laclau, 2000: 76. Cursivas en el original).

Para Laclau en este libro, la condición de toda identidad es la dislocación en tanto falla estructural. La dislocación, por lo tanto, atraviesa toda identidad, y sólo a partir de ella el sujeto, a través de actos, puede identificarse. Es decir, las identidades lejos de ser positivas se constituyen en el terreno de la negatividad. Aquello que pretende marcar Laclau en este libro, de manera bien explícita, es que si la propia estructura es por su condición de tal fallida, y se halla dislocada, el sujeto no puede estar nunca completo por ser parte y exceso a la vez de esa misma estructura. La estructura dislocada es por su condición ontológica indecidible, por lo tanto toda decisión de sutura parcial que opere no es más que contingente, así como el sujeto que constituye. Es decir, la contingencia misma es la que se radicaliza. Es decir, ahora, al igual que en *Hegemonía & Estrategia Socialista*, tampoco puede ser pensado el sujeto como externo a la estructura, sin embargo ya no hay posiciones de sujeto. El sujeto adquiere una relativa independencia de estructura, ya que es aquel quien toma una *decisión* contingente sobre una estructura que es ontológicamente indecidible. Es decir, el sujeto se constituye en el locus de la decisión que la estructura no supone y no determina. Es decir que, el sujeto adviene de la distancia entre una estructura indecidible y un acto contingente de decisión. Por lo tanto, en términos ontológicos, *“la decisión tiene [...] un carácter fundante tan primario como el de la estructura a partir de la cual es tomada, ya que no*

está determinada por esta última” (Laclau, 2000: 47).

Ahora bien, cabría preguntarse ¿Cuál es la diferencia radical entre el pensamiento laclausiano y el marxista? ¿No ha podido cierto marxismo trabajar y teorizar sobre los desajustes y las dislocaciones que el desarrollo capitalista genera? La gran diferencia con el pensamiento laclausiano radica en que el marxismo concibe a las dislocaciones en un sentido objetivo, ligadas a una estructura como totalidad. Por consiguiente, “el sujeto del cambio es interior a ese proceso y está pre-determinado por el mismo. El sujeto es enteramente absorbido por la estructura” (Laclau, 2000: 57). A diferencia de esto, en el análisis de Laclau, el sujeto mismo es la temporalidad, es el lugar de la dislocación. El sujeto no se halla determinado estructuralmente, aunque no sea exterior a la propia estructura. En otras palabras, el sujeto no es más que aquello que resulta de la imposibilidad de constituir la estructura como objetividad.

A pesar de esta gran diferencia, Laclau distingue que una tradición interna del marxismo ha sabido reflexionar bien en torno a la dislocación y a la posible productividad política que se ella se desprende: la trotskista, con sus teorías de la “*revolución permanente*” y el “*desarrollo desigual y combinado*” (Laclau, 2000: 61). Laclau afirma que Trotsky ha hecho de la dislocación una estrategia política, ya que la posibilidad misma de la revolución depende de los desniveles estructurales, como vimos al teorizar sobre el pensamiento de Moreno. Esta afirmación realizada por Laclau nos habilita entonces a pensar que hasta el propio Moreno fue capaz de pensar la dislocación. No obstante, Laclau marcaría dos aspectos problemáticos: por un lado, aquello que se

“*combina*” son los momentos históricos delimitados por el despliegue de modos de producción preestablecidos. Por otro lado, el sujeto revolucionario se encuentra definido estructuralmente, más allá de los desniveles que operan y de la introducción de la contingencia en las articulaciones políticas.

Es por lo dicho hasta aquí, que sostenemos que la gran diferencia ontológica es aquello que demarca el sentido pos-marxista de la obra de Laclau. La puesta en juego de la premisas laclausianas con la obra de Moreno, nos ha descubierto la forma diferencial en que se teoriza la vinculación necesidad/contingencia. Es este sentido, si Moreno sostiene ontológicamente la unicidad contradictoria dialéctica; Laclau parte de ese abandono para formular como momento primario en su ontología, “la unicidad fallida [...] [siendo] esta falla elemental- falla casi en el sentido geológico- lo que se trata de pensar” (Laclau, 2008: 101).

Resta preguntarnos a donde conducen políticamente las críticas que Laclau realiza al marxismo. Puesto que, el hecho de que Laclau reconozca que el capitalismo es un sistema de producción basado en el trabajo asalariado no presupone, en su pensamiento, que el antagonismo social derive de las relaciones sociales de producción ni que las y los trabajadores en sus múltiples formas adquieran un lugar privilegiado en la lucha anticapitalista. Más aun, Laclau dirá que la definición de capitalismo como un sistema basado en la propiedad privada de los medios de producción, no le otorga a la economía ningún punto fundamental en el sistema articulador del capital. Como vimos, la condición de lo social misma está dada, en el esquema laclausiano, por el lugar ontológico que asume lo político (en tan-

to articulación hegemónica contingente). En este sentido, Laclau dirá que el capitalismo no puede ser comprendido como una totalidad inmanente, ni como una realidad puramente económica, sino que es “un complejo en el cual las determinaciones económicas, políticas, militares, tecnológicas y otras [...] entran en la determinación del movimiento del todo” (Laclau, 2013:285/286).

Pero esta definición, no conduce necesariamente a deslegitimar el lugar privilegiado de las y los trabajadores en la lucha anti-capitalista, al mismo tiempo que no desconoce la pluralidad de sujetos que pueden formar parte de esa lucha dada las condiciones actuales del capitalismo. Puesto que como vimos en la producción de Moreno, pero también de múltiples teóricos/as y militantes marxistas, como por ejemplo Althusser, Luxemburgo, Poulantzas, Gramsci, Trotsky –y hasta incluso el mismo Marx–, entre otros y otras, estarían de acuerdo con la afirmación laclausiana que acabamos de exponer, puesto que ella no niega (como tampoco lo hace Laclau) que el capitalismo sea un sistema de producción basado en el trabajo asalariado.

En relación a esto, y como afirma Žižek, creemos que la forma de pensar la política de Laclau definitivamente tiene un gran mérito en tanto que “‘repolitiza’ una serie de ámbitos anteriormente considerados ‘apolíticos’ o ‘privados’” (Žižek, 2003:106), incluso por el mismo discurso marxista –como por ejemplo las problemáticas de género y raza–. No obstante, “lo cierto es que, (...) no repolitiza de hecho al capitalismo, ya que la noción y la forma misma de ‘lo político’ dentro del cual opera se fundan en una despolitización de la economía” (Žižek, 2003:106). Es decir, la teoría de Laclau, se funda en una profunda despolitización de las re-

laciones sociales de producción y de las formas de producción y reproducción de la vida en el capitalismo, y deriva en una incapacidad de poder pensar las transformaciones que han sufrido en las condiciones actuales del capital, obliterando la sobredeterminación que entablan con las categorías de género y raza, que Laclau mismo propone.

Por tanto, estas tensiones nos llevan a preguntarnos si las teorizaciones laclausianas en torno a la proliferación y a la dispersión de los antagonismos y la hegemonía (momento en el cual un particular asume el rol de un universal), no tienen lugar siempre dentro de los márgenes del propio capitalismo. Más aún, el esquema de Laclau parece concluir en que ya no es posible, dadas las condiciones actuales del “*capitalismo desorganizado*”, concebir una transformación radical del propio capitalismo. De este modo, emprender la lucha anticapitalista sólo sería viable en términos anti-neoliberales, es decir, sin buscar la supresión del capitalismo como sistema global de producción y reproducción. Así, su apuesta parece ser la de luchar políticamente por la superación del modelo económico neoliberal mediante la introducción de una regulación Estatal y del control democrático de la economía, de modo de evitar los peores efectos de la globalización (Laclau, 2013). Es decir si la política hegemónica de Laclau, afirma que lo social se configura en esa lucha hegemónica donde un particular asume el rol de un universal, podemos relacionar esta conceptualización a la idea de la encarnación política del rol del Estado que sostienen ciertos pensadores de la tradición marxista. Para estos, el Estado era aquel,

fabricante de abstracciones, en razón de la ficción unitaria (o de consenso) que tiene por misión imponer a la sociedad. La uni-

versalización de la particularidad es la contrapartida de la constitución del Estado, comunidad ficticia, cuyo poder de abstracción compensa la falta real de comunidad en las relaciones entre los individuos (Balibar, 2001:56).

Esa forma de la política, que se presentaba para los marxistas en las configuraciones particulares del capitalismo, no delineaba necesariamente la forma general de la política. Por el contrario, para el pensamiento laclausiano, la política hegemónica parece ser la forma óptica – pero también ontológica – de la política. Podemos afirmar que para Laclau el pasaje de una formación hegemónica a otra implica no sólo una ruptura radical, sino también y necesariamente la constitución de una nueva totalidad hegemónica (fallida). Puesto que, como vimos, la totalidad fallida es la condición de posibilidad de lo social mismo –al mismo tiempo que la característica de articulación de esa totalidad– es siempre resultado de un proceso hegemónico.

De este modo, en el esquema de Laclau, concebir una “*sociedad emancipada*” es prácticamente imposible, puesto que “el poder es condición de posibilidad de lo social (...). [Entonces] trastocar lo social, incluso en el más radical y democrático de los proyectos, significaría por lo tanto construir un nuevo poder” (Laclau, 2000:50). En este punto, se comprende que, si bien la posibilidad de una transformación de lo social se localiza en la consecución necesaria de nuevas relaciones de poder, de esto no se desprende lógicamente que el lugar de este “*nuevo poder*” se encuentre encarnado en la figura del Estado. Laclau, de este modo, oblitera la especificidad de las relaciones de (re) producción y la forma y contenido político de las mismas y del Estado, que lejos

de ser un conjunto más o menos neutral de instituciones tienen como soporte lógicas patriarcales, racistas y empresariales, e insiste en una dicotomía cuyos efectos prácticos consideramos inconsistentes: recae en la distinción entre un buen y un mal Estado, es decir, entre un Estado justo y democrático –a través del cual se constituye el *pueblo*–, y un Estado injusto que defiende los intereses de un sector frente al desmedro de la gran mayoría de la sociedad.

4. A modo de cierre

En el presente artículo hemos intentado mostrar como la irrupción de la *temporalidad* juega un rol fundamental a la hora de interpelar a la tradición marxista. El “*inevitable*” sentido de la historia predicho por Marx es la piedra angular de la crítica introducida por Moreno y Laclau. No obstante, en ambas producciones de manera diferencial, se encuentra abierta la pregunta por el sentido luego de que el Sentido se ha dislocado. El devenir contingente le otorgará a la lucha política un lugar fundamental para pensar la política contemporánea. Sin embargo, sería un fallo no marcar, como hicimos a lo largo de este escrito, la diferencia ontológica que se establece entre el pensamiento de los dos teóricos, a la hora de significar la lucha y teorizar sobre el proceso de subjetivación. Es decir, sin olvidar, que entre ambas obras existe una manera distinta de comprender la contingencia y los modos que asume la lucha emancipatoria y sus posibilidades en el capitalismo neoliberal.

Más aún, las producciones de Moreno y Laclau suponen una comprensión común respecto a la crisis que ha atravesado el marxismo a lo largo del siglo xx, tanto en

términos teóricos como políticos, como resultado de un balance negativo de las experiencias de los socialismos realmente existentes y de las transformaciones del sistema capitalista a nivel global. Cuestión que los conduce a preguntarse por la potencialidad actual o por el fracaso de la dialéctica en tanto un modo específico de comprender las lógicas del capitalismo y los procesos de resistencias. Pero como vimos ambas teorizaciones conducen a resoluciones y problemas diferentes.

Moreno propone recuperar las potencialidades dialécticas que presenta el pensamiento de Marx para conjugarlas con los aportes categoriales de Trotsky, afirmando así una dialéctica definida por el momento político, proponiendo una vuelta a la idea de organización política internacional que luche en pos de un proceso revolucionario. El pensamiento morenista se articula bajo la premisa de concebir que el marxismo deba tener en cuenta dos subjetividades, el sujeto social, la masa como producto de las relaciones estructurales; y el sujeto político, el partido, que es una construcción política. La apuesta política morenista distingue, entonces, una fisura que habilita el campo contingente de la lucha política -la disputa hegemónica del sujeto político- presuponiendo a la vez a la necesidad estructural como determinante de la identidad del sujeto revolucionario.

El pensamiento de Laclau afirma una apuesta teórica que se considera posdialéctica al poner en cuestión la centralidad ontológica de la clase obrera y junto con ella a la idea de una sociedad futura pasible de ser socialista. El pensamiento laclausiano supone, por tanto, una ruptura radical en relación al discurso marxista. La propia condición de la estructura como totalidad determinada es cuestionada. La estructura por su condición de tal se haya

dislocada y fallida. El sujeto, no permanece ajeno a la dislocación/falla estructural. En este sentido, la posibilidad de la subjetividad lejos de ser una determinación estructural, le otorga al sujeto un lugar de autonomía: la decisión.

Más allá de las críticas que realizamos al pensamiento laclausiano a partir de los aportes de Moreno, consideramos que su apuesta teórica nos permite hacer énfasis en la importancia de la articulación de diferentes luchas y contenidos de las mismas, de clase, de género y de raza, tanto a la hora de pensar la emancipación como de realizar un análisis del capitalismo. Puntos que consideramos fundamentales para poder pensar las luchas actuales contra la explotación, dominación y opresión que supone el capitalismo como forma de producción y reproducción de la vida.

5. Referencias bibliográficas

- Balibar, E. (2001) *La filosofía de Marx*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Derrida, J. (1995) *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Madrid, Trotta.
- Laclau, E. (2008) *Debates y combates. Por un nuevo horizonte de la política*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.
- Laclau, E. (2000) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Laclau, E. (2013) *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.
- Laclau, E. (1978) *Política e ideología en la teoría marxista*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Laclau, E. y C. Mouffe (2004) *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radica-*

lización de la democracia. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.

Marx, K. (1974) *Obras Escogidas*. Moscú, Editorial Progreso.

Marx, K. y F. Engels (2004) *Manifiesto Comunista*. Madrid, Alianza Editorial.

Moreno, N. (1990) *Actualización del programa de transición*. Buenos Aires, Antídoto.

Moreno, N. (1981) *Lógica marxista y ciencias modernas*. México, Editorial Xólotl.

Moreno, N. (1986) *Conversaciones con Nahuel Moreno*. Buenos Aires, Antídoto.

Moreno, N. (1989) *El partido y la revolución. Teoría, programa y política. Polémica con Ernest Mandel*. Buenos Aires, Antídoto.

Moreno, N. (1984), *Sobre los sujetos históricos. Charla-debate con André Gunder Frank* [online] (actualizado en febrero de 2017) Disponible en: www.nahuelmoreno.org

Palti, E. J. (2005) *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su "crisis"*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica.

Trotsky, L. (1985) *Historia de la Revolución rusa*. Madrid, Sarpe.

Žižek, S. (2003) "¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Sí, por favor!", en J. Butler, E. Laclau, y S. Žižek *Contingencia, Hegemonía, Universalidad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.